

Experiencia de campo en el proceso de investigación: Contribuciones a la ruptura del dualismo razón/emoción

Field experience in the research process: Contributions to breaking the
reason/emotion dualism

Experiência de campo no processo de investigação: Contribuições para
quebrar o dualismo razão/emoção

Nicole Herrera-Farfan

Universidad de Chile

nicole.herrera@ug.uchile.cl

<https://orcid.org/0000-0002-0310-2200>

Rosa Riveres

Universidad de Chile

rosariveres@ug.uchile.cl

<https://orcid.org/0000-0003-1990-1266>

RESUMEN

Este artículo tiene como objetivo resaltar el valor epistémico de las emociones en la investigación, considerando la crítica feminista a la relación jerárquica y de poder que tradicionalmente se mantiene entre el sujeto y el investigador en la metodología cualitativa. A través de la experiencia de campo y elementos que sitúan y otorgan agencia a los sujetos, se genera conocimiento emocionalmente sentido y validado por aquellos que lo experimentan. La co-producción de historias de vida narrativas se convierte en un elemento central en el análisis propuesto, brindando la oportunidad de comprender las dinámicas de dominación masculina y los ejercicios de poder prevalentes en las relaciones íntimas de mujeres que han experimentado violencia por parte de hombres encarcelados, presentado en la experiencia de *La Chora*¹. El enfoque metodológico y creativo se vuelve, por lo tanto, crucial en la discusión teórica y metodológica.

ABSTRACT

This article aims to highlight the epistemic value of emotions in research, considering feminist criticism of the hierarchical power relationship that is traditionally maintained between the subject and the researcher in qualitative methodology. Through field experience and elements that situate and empower the subjects, emotionally sensed knowledge is generated and validated by those who experience it. The co-production of narrative life stories becomes a central element in the proposed analysis, providing an opportunity to comprehend the dynamics of male dominance and the exercises of power prevalent in the intimate relationships of women who have experienced violence from incarcerated men, as presented in the experience of *La Chora*. The methodological and creative approach, therefore, becomes crucial in the theoretical and methodological discussion.

¹ Agradecemos la colaboración de La Chora, quien, por razones de confidencialidad, figura en este trabajo bajo un alias es- cogido por ella misma. Su contribución y elaboradas reflexiones permitieron conocerla tridimensionalmente: "Esto nunca se me va a olvidar, es una experiencia que alguien me quiera escuchar sin criticar".

Recibido: 20/09/2022 - Aceptado: 12/11/2022 - Publicado: 31/12/2022

Citar como:

Herrera-Farfan, N. & Riveres, R. (2022). Experiencia de campo en el proceso de investigación: Contribuciones a la ruptura del dualismo razón/emoción. *Espiral, revista de geografías y ciencias sociales*, 4(8), 13-30. <https://doi.org/10.15381/espisal.v4i8.23720>

© Los autores. Este artículo es publicado por Espiral, revista de geografías y ciencias sociales de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Este es un artículo de acceso abierto, distribuido bajo los términos de la licencia Creative Commons Atribución 4.0 Internacional (CC BY 4.0) [<https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/deed.es>] que permite el uso, distribución y reproducción en cualquier medio, siempre que la obra original sea debidamente citada de su fuente original.

RESUMO

Este artigo tem como objetivo destacar o valor epistêmico das emoções na pesquisa, considerando a crítica feminista à relação hierárquica e de poder que tradicionalmente é mantida entre o sujeito e o pesquisador na metodologia qualitativa. Através da experiência de campo e elementos que situam e capacitam os sujeitos, é gerado conhecimento emocionalmente sentido e validado por aqueles que o experimentam. A co-produção de histórias de vida narrativas torna-se um elemento central na análise proposta, proporcionando a oportunidade de compreender as dinâmicas de dominação masculina e os exercícios de poder prevalentes nos relacionamentos íntimos de mulheres que sofreram violência por parte de homens encarcerados, conforme apresentado na experiência de *La Chora*. A abordagem metodológica e criativa, portanto, torna-se crucial na discussão teórica e metodológica.

PALABRAS CLAVES: metodología feminista; epistemología; producción narrativa; dominación masculina.

KEYWORDS: feminist methodology; epistemology; narrative production; male domination.

PALAVRAS-CHAVE: metodologia feminista; epistemologia; produção de narrativas; dominação masculina.

INTRODUCCIÓN

A La Chora. A todas: "nadie nos prometió un jardín de rosas, hablamos del peligro de estar vivas" (Páez, 1999).

La experiencia de campo desempeña un papel fundamental en la investigación feminista, ya que permite un acercamiento directo a las realidades y vivencias de las personas en contextos específicos considerando diálogos e intercambio de saberes y experiencias a través de la bidireccionalidad. A diferencia de enfoques puramente teóricos o basados en datos secundarios, la experiencia de campo en la investigación feminista se enfoca en la inmersión en las vidas de las personas, en sus relatos y en las complejidades de sus experiencias.

En este marco, uno de los desafíos que la investigación feminista enfrenta es el dualismo tradicional entre razón y emoción en la producción de conocimiento. Durante mucho tiempo, la investigación académica ha privilegiado la razón y objetividad, relegando como inválido a las emociones y experiencias en el contexto de la investigación y trabajo de campo mediante su aguda crítica al carácter subjetivo. Esta dicotomía ha tenido implicaciones significativas en la comprensión y representación de las vidas de las mujeres.

La experiencia de campo en la investigación feminista ofrece una oportunidad de superar este dualismo, al permitir que las emociones y las experiencias subjetivas sean valoradas y consideradas en igual medida que la racionalidad. Al involucrarse directamente con las personas y escuchar sus historias, las investigadoras feministas pueden captar y comprender la complejidad de las experiencias vividas, que a menudo están impregnadas de emociones, afectos y significados personales.

Al reconocer la importancia de las emociones en la producción de conocimiento, la experiencia de campo en la investigación feminista desafía la noción de objetividad distante y promueve un enfoque más relacional y comprometido. Al abordar las emociones como una fuente legítima de información y conocimiento, se permite una comprensión más completa y contextualizada de las realidades de las mujeres.

En el marco de este estudio, se presenta una metodología feminista que integra el trabajo colaborativo y autoetnográfico, sustentado en la co-construcción de material narrativo a partir de relatos y encuentros diversos. Esta metodología permite no solo complejizar el análisis en materia de violencia contra las mujeres, que, por un lado toma fragmentos y describen la historia de vida narrada, y, por otro, evoca desde la óptica de las autoras cada encuentro, extrayendo reflexiones y conclusiones intentando

complejizar el análisis en materia de violencia contra las mujeres, pero que además posibilita la creación y otras formas de abordar el fenómeno.

Esta apertura metodológica permitió conocer, reconocer y dar significado a elementos de la ideología cisheteropatriarcal presentes en la historia de vida de una mujer que se relaciona afectivamente con un hombre privado de libertad. La narrativa revela la existencia de representaciones normativas que se materializan en el sometimiento al mandato de la masculinidad (Bourdieu, como se citó en Alfie, 2018), transmitido a través de su discurso y sus arraigados códigos culturales, como las representaciones de la familia, las relaciones de pareja, el compromiso, los cuidados, los roles, la omisión del deseo sexual y la satisfacción propia. Estas vivencias se plasman en una narrativa que relata su historia de vida en función de la dominación masculina experimentada. Un elemento fundamental de reproducción de estos ejercicios de poder ha sido la romantización de la pareja como norma cultural en el imaginario social del amor y las relaciones afectivas y sexuales.

En consecuencia, proponemos que la experiencia de campo en la investigación feminista desempeña un papel crucial para comprender las realidades de las mujeres y desafiar el dualismo entre razón y emoción. Esta experiencia permite una aproximación más profunda y enriquecedora, valorando las emociones y experiencias subjetivas como legítimas fuentes de conocimiento. Veremos que, a través de una metodología colaborativa, se pueden revelar y problematizar las dinámicas de poder y las representaciones normativas que impactan en la vida de las mujeres, contribuyendo así a la ruptura del dualismo tradicional en la producción de conocimiento.

EXPERIENCIAS SIGNIFICADAS Y SUS APORTES AL TRABAJO DE CAMPO: COMPRENDER EL ROL DE LAS EMOCIONES EN LA INVESTIGACIÓN

Como investigadoras, hemos reconocido el valor epistémico de las emociones en el proceso de investigación como una forma de conocimiento auténtico. En este sentido, entendemos que las emociones no solo reflejan una reacción personal, sino que también tienen una intencionalidad y están intrínsecamente ligadas al objeto que nos afecta, influyendo en nuestra percepción y posicionamiento en relación con el mundo que investigamos (Ahmed, 2004).

Nuestro objetivo al destacar el papel de las emociones en la investigación no es promover un “emocionalismo” ingenuo o descontextualizado (García y Ruiz-Trejo, 2020). Más bien, buscamos diluir el dualismo tradicional y politizar las jerarquías asociadas al subtexto de género en la producción de conocimiento. Por ello, reconocemos que la racionalidad no debe prevalecer sobre las emociones ni viceversa, sino que ambos aspectos son igualmente importantes y están entrelazados en nuestra comprensión del mundo.

Al poner en valor el conocimiento encarnado y experiencial de las sujetas/actoras, nos esforzamos por no ser meras transmisoras pasivas en el proceso de investigación. Buscamos contribuir a un conocimiento sentido que desafíe el pensamiento tradicional fracturando la lógica sesgada que favorece la dicotomía razón/emoción. De esta manera, aspiramos a enriquecer la producción de conocimiento con perspectivas más inclusivas.

Epistemología y sociología de las emociones

La epistemología de las emociones sostiene que las emociones no sólo son intrínsecas a la experiencia humana, sino que también desempeñan un papel fundamental en la generación de conocimiento. Esta perspectiva reconoce la validez de las emociones como fuentes de información y comprensión, y desafía la idea de que la razón y la objetividad son los únicos criterios legítimos en la investigación científica.

Complementariamente, y tal como observan Trevignani y Videgain, con base en Bericat (2012) y Hochschild (2003), para comprender las emociones resulta fundamental examinar las estructuras y elementos sociales que las preceden, así como conductas, expresiones y repercusiones sociales que de ellas derivan. “Desde un análisis sociológico, la emoción es un proceso y tiene una duración siempre mayor a su mera manifestación física, fisiológica y corporal” (Trevignani y Videgain, 2016, p. 41). Aunque las emociones se manifiestan en el cuerpo, los estudios sociales de las emociones se ocupan de estudiar las emociones experimentadas por los sujetos como actores sociales que ocupan diferentes posiciones en la sociedad. Esto, porque las emociones no son simplemente respuestas automáticas a situaciones de amenaza o bienestar, sino que están influenciadas por experiencias subjetivas y están formadas por relaciones de poder entre los agentes sociales en un contexto específico.

Críticas al dualismo cartesiano

El dualismo cartesiano ha dominado en el desarrollo científico, donde la concepción tradicional de la razón y la emoción han sido comprendidas como entidades separadas e incompatibles. Por ello, desde diferentes veredas se ha propuesto una comprensión más fluida y entrelazada de los procesos cognitivos y afectivos. Estas perspectivas cuestionan la jerarquía dualista y abogan por la integración de la razón y la emoción en la producción de conocimiento.

A su vez, la insistencia socio constructivista respecto a que la realidad social se construye entrelazada a una historia, cultura y contexto, ha implicado que el conocimiento deje de ser visto como universal y objetivo (Gergen como se citó en Troncoso et al, 2017). Troncoso (2017) afirma que es este cuestionamiento a la corriente positivista permite situar a las/os/es agentes productores de conocimiento como voces múltiples. En efecto, es por este cuestionamiento al conocimiento objetivo, neutral y desencarnado que las perspectivas feministas y sus propuestas epistemológicas han sido consideradas como una influencia fundamental para las ciencias sociales y disciplinares.

El papel de la subjetividad en la investigación

Las emociones, abarcando un amplio espectro, están intrínsecamente presentes en el proceso de investigación, ya sea que se reconozcan o no, y tienen la capacidad de influir significativamente en él. Estas emociones acompañan cada etapa de la investigación, desde la elección de un tema hasta la culminación de un proyecto, y se hacen especialmente evidentes en el trabajo de campo, donde pueden manifestarse como ansiedad, empatía u otras formas.

La comprensión y el conocimiento no se limitan únicamente a la cognición y al intelecto, sino que también se construyen a través de las emociones (Game, 1997). Reconocer y explorar las emociones en la investigación no sólo enriquece la experiencia personal de las participantes e investigadoras, sino que también brinda una perspectiva más completa y contextualizada sobre el objeto de estudio. Al permitir que las emociones se integren en el proceso investigativo, se abre la posibilidad de comprender y abordar las complejidades emocionales que pueden influir en los resultados y las interpretaciones.

Al considerar las emociones como parte integral de la investigación, se reconoce la importancia de la subjetividad y la experiencia personal en la construcción del conocimiento. Esto implica no sólo reconocer las emociones propias, sino también estar atentas a las emociones de las participantes y cómo éstas pueden afectar la relación investigadora-participante y las dinámicas del estudio. Al hacerlo, se amplía la comprensión de la investigación feminista y se promueve un enfoque más inclusivo y en sintonía con la diversidad de experiencias y perspectivas.

Como advierte Widdowfield “parecería que el miedo a hablar por las experiencias o emociones de otros, nos ha incapacitado para hablar sobre nosotras mismas y nuestras emociones” (2000, p. 205). Lo que se acentúa considerando que las metodologías tradicionales nos han significado como un instrumento de recolección de datos nada más.

Trabajo de campo

El trabajo de campo implica una intrusión e intervención en un sistema de relaciones en el cual la investigadora tiene una mayor libertad para retirarse, lo que puede generar conflictos de intereses. Por ejemplo, la investigadora puede tener acceso a información que podría causar daño, lo que plantea dilemas éticos. Además, puede surgir una disonancia entre el trabajo de campo y el producto etnográfico final, ya que aunque se pretenda que la investigación sea igualitaria y recíproca, la autoría recae únicamente en la investigadora. La publicación de los resultados de la investigación se convierte en una intervención en la vida y las relaciones de los sujetos estudiados, quienes quedan expuestos a interpretaciones, juicios y otros impactos. Incluso al negociar la narrativa final, persiste el problema de la autoría y la vulnerabilidad de los sujetos investigados (Cotterill, 1992; Stacey, 1998).

A su vez, en un artículo que cuestiona la posibilidad de una etnografía feminista, Judith Stacey (1998) advierte sobre el peligro de que, bajo la apariencia de un mayor respeto e igualdad con los sujetos de investigación, se oculte una explotación más profunda y peligrosa. En este sentido, la empatía y la promoción de la amistad también conllevan el riesgo de manipulación y traición. Según Stacey, cuanto mayor sea la intimidad o la aparente reciprocidad entre la investigadora y la participante, mayor será el daño o el riesgo de explotación, incluso más que en los métodos positivistas “masculinos”.

Estos planteamientos nos llevan a reflexionar sobre la complejidad ética y política de la investigación feminista, especialmente en el trabajo de campo. Se requiere una constante vigilancia sobre los posibles abusos de poder y la manipulación de las emociones tanto por parte de la investigadora como de la participante. La relación investigadora-participante debe ser cuidadosamente gestionada para evitar daños y respetar la autonomía y dignidad de todas las partes involucradas.

METODOLOGÍA

Este trabajo se sostuvo en un diseño metodológico cualitativo desde un enfoque biográfico-narrativo, a partir del cual, se buscó relevar la experiencia situada de la participante que es, en sí misma, la protagonista de la producción narrativa que se presentará.

Al mismo tiempo, las entrevistas individuales en profundidad que fueron desarrolladas en más de un encuentro, fueron complementadas con notas de campo y observación etnográfica sobre el contexto de cada entrevista. En estos encuentros, se registraron las descripciones del escenario de interacción, las emociones y corporalidad percibidas de la mujer al relatar su historia -que entrelaza con la propia-, el entorno geográfico del lugar, los hitos biográficos, entre otros elementos que permitieron caracterizar situaciones singulares y sociales. A partir de estos registros y de la producción narrativa co-creada, se desembocó en la reflexividad que los encuentros narrativos desplegaron y que, ciertamente, transformaron no solo a la colaboradora de este trabajo, sino también a las investigadoras.

Producciones Narrativas

Al abordar el tema de la narrativa, es fundamental reflexionar sobre el lenguaje como el elemento que las hace posible. Según Echeverría (2005), existen tres principios ontológicos del lenguaje que nos constituyen como seres narrativos. En primer

lugar, se reconoce que los seres humanos somos seres lingüísticos, ya que vivimos en inmersión con el lenguaje. En segundo lugar, se entiende que el lenguaje no sólo describe realidades, sino que también las transforma. Por último, se sostiene que los seres humanos somos construcciones lingüísticas y, por lo tanto, creamos nuestra propia identidad a través del lenguaje.

En relación a esto, se destaca que el sentido que otorgamos a nuestras vidas es fundamentalmente lingüístico. Como afirma Echeverría (2005), al preguntarle a alguien “¿quién eres?”, la respuesta que recibimos es un relato, una historia en la que narramos nuestra identidad. Así, el lenguaje nos permite dar sentido a nuestras vidas en las que construimos múltiples realidades posibles. De esta forma, para comprender la realidad, necesitamos recurrir a la narración, pero a su vez, son las narraciones y narrativas entrelazadas y en diálogo entre sí las que otorgan realidad al mundo en el que vivimos (Cabruja, Íñiguez y Vázquez, 2000).

En este contexto, en 1999, surgen las producciones narrativas como un método de investigación aplicado en psicología social basado en principios metodológicos derivados de epistemologías feministas, hermenéutica y sociología del conocimiento científico. Su propósito apunta a investigar como una forma de difracción en lugar de reflexión, lo que constituye un cambio en el rol de la investigadora, ya que le empuja a renunciar a las pretensiones universalistas de los procesos socio constructivistas. Por el contrario, adoptar y aplicar esta metodología implica asumir las condicionantes ideológicas y materiales que condicionan la investigación comprendiendo que no existe conocimiento feminista desencarnado.

La producción narrativa permite enfatizar en los temas relevantes para el estudio procurando mantener el foco de atención de los textos. Así, presenta textos acabados que ofrecen diferentes comprensiones del fenómeno, como un espejo difractor, permitiendo recuperar el conocimiento encarnado, vivencial y experiencial. Por lo tanto, son los senti-pensi-actuares de la mujer colaboradora, y de quien investiga, los que se localizan y plasman evitando transcribir un discurso sino más bien produciendo una relación e interpelación constante:

El propósito de este tipo de métodos más que generar “reflexión” –es decir, una representación de un fenómeno- es generar una nueva construcción, compleja, que se desarrolla en el juego de interpelación-reflexión entre sujeto participante e investigadora. Así, en el proceso de narratividad generado en las investigaciones, huimos de la simple reproducción discursiva y de la tradición cartesiana de la certeza. (Troncoso et al, 2017)

Co-producción narrativa

La co-producción narrativa implica construir un relato con una lógica argumentativa que organiza las ideas en torno a los temas abordados. No se trata simplemente de un registro o compendio de datos como en otras técnicas cualitativas, sino de una narración conjunta que busca exponer las tensiones inherentes a esos temas (Troncoso et al, 2017). Esta técnica, se esfuerza por presentar de manera coherente y significativa las experiencias y perspectivas de las personas involucradas, ofreciendo una visión más completa y enriquecedora de la realidad estudiada. No se limita a momentos aislados de captura de información, sino que se enfocan en construir un proceso relacional continuo, es ahí, además, su complejidad y riqueza.

Del mismo modo, los cuerpos de quienes investigan y de las personas participantes adquieren un papel central en la investigación. Se reconoce la importancia de la corporalidad y la presencia física en la interacción, ya que se busca comprender y dar espacio a las emociones que emergen durante la narración de las experiencias. En los

encuentros, se brinda tiempo para que las emociones fluyan libremente: silencios, risas, llantos, molestia y demás.

Estos momentos de conexión emocional y expresión afectiva enriquecen el proceso de investigación y contribuyen a una comprensión más profunda de las vivencias de las personas participantes. La presencia de las emociones en la co-producción narrativa permite captar matices y significados subyacentes que no podrían ser expresados únicamente a través de la palabra.

Colaboradora en la Co-Producción Narrativa

Las exploraciones llevadas a cabo se concretaron mediante un número importante de llamadas telefónicas previas al primer encuentro, estas conversaciones fueron clave para establecer acuerdos y compromisos que se sostuvieron a lo largo de todo el proceso. Durante el proceso y luego del primer encuentro presencial, se mantuvieron las llamadas telefónicas a fin de fortalecer y mantener el vínculo, independiente de lo distanciados que pudieran ser los encuentros presenciales. Fueron cuatro encuentros presenciales de tres horas aproximadamente cada uno. Profundas conversaciones en las cuales se trabajó la co-producción narrativa, destacando la importancia de asumir la subjetividad y mantener un posicionamiento político acorde con la línea de investigación propuesta.

La selección de quien colaboraría y participaría en esta investigación fue realizada de manera intencionada y no probabilística, teniendo como criterio de exclusión la existencia de una relación de pareja con un hombre privado de libertad, ya sea en el presente o en el pasado. A su vez, los criterios establecidos para la selección incluyeron el rango de edad, que abarcaba desde la etapa de adultez temprana a adultez intermedia, es decir entre 40 y 60 años de edad, además del criterio temporal asociado a la relación de pareja.

Dadas las particularidades y las características de la colaboradora² y la dificultad para acceder a ella, el contacto con la mujer que decidió colaborar³, se logró gracias a un informante clave que proporcionó información adecuada y relevante basada en las categorías descritas.

En consecuencia, la colaboradora residente en la Región Metropolitana de Chile, accedió a participar de encuentros coordinados según sus necesidades y disponibilidad.

El proceso

Utilizando recursos personales desde el lenguaje y escritura, sin ser expertas, elaboramos en conjunto narrativas individuales. Esto significó momentos claves; en un principio se grabaron las conversaciones, luego fueron escuchadas y transcritas; posteriormente, se redujeron limpiando aquellos componentes que se encuentran al margen de la exploración de significados definidos. Más adelante, se inscribieron en la transcripción las emociones mediante un duro trabajo de interpretación de signos, significados, silencios y demás para confeccionar una historia que genera sinergia virtuosa entre la transcripción final, la realidad, lo que se quiso expresar, lo que se recibió y nuestras voces.

El momento de la devolución a la espera de una retroalimentación por parte de ella a fin de editar lo que su sentir pueda expresar, pues, se espera de ella un sentir genuino y reconocimiento tanto de la historia como de las voces. Sin grandes ediciones que realizar, este momento fue el último. Momento contenedor de un proceso de resignificación y reflexión tan potente como único, ya que, escucharse en la voz de otra, es sin duda un acto desde donde se logra corporizar el lenguaje que da vida a

² En la investigación presentada como parte de la tesis de Magíster en Estudios de Género y Cultura de la Universidad de Chile, participaron tres mujeres.

³ La mujer que se auto nombró como la "La Chora" fue la primera mujer en tomar la decisión de colaborar.

la narrativa co-construida. Nuevo conocimiento emancipador que genera conciencia respecto a las comprensiones de su cotidiano (Schongut, 2015).

Si bien el proceso de investigación original presenta al menos tres creaciones, dada la extensión de cada co-producción narrativa, en este artículo solo se presentará una de las creaciones co-producidas. Dicho documento escrito, es en sí mismo un resultado de la investigación, además de ser un entretendido del registro oral que la mujer entregó y posibilitó la articulación entre las investigadoras, la mujer y la teoría. En él se da cuenta de la interacción desplegada en cada encuentro, por lo que veremos un conocimiento integrado de voces que abordan las tensiones vividas y sus momentos, así como los sentimientos y emociones que envolvieron los espacios.

EXPERIENCIA EN EL TRABAJO DE CAMPO

La Producción del Conocimiento

La narrativa es en sí misma una obra con personajes y múltiples voces, tramas, desenlaces y la historia que enmarca la aparición de las características de los contextos pensados que son significados mediante el relato acompañado de imágenes mentales de lo que por un lado se relata y por otro lado se va escuchando para luego articular. Así, las producciones narrativas se desarrollan, por lo tanto, en un continuo dinámico que abarca diferentes dimensiones: oralidad, escritura, lectura y contra-escritura. Este proceso se caracteriza por ser altamente colaborativo, en el cual se establece una relación de confianza y conexión.

El personaje principal de esta narrativa es una mujer que decide llamarse a sí misma *La Chora*⁴, sin hacer relación a lo que en algunos lugares significa ser chora, ella lo asocia al espíritu de resistir.

La co-construcción

Iniciamos con un momento cargado por el desconocimiento, desconociendo la historia y a la mujer que nos recibiría.

Es en esta contribución a la comprensión y al conocimiento, que caminamos por las calles de un barrio -por nosotras inexplorado- observamos el entorno y notamos una evidente hostilidad hacia nuestra presencia desconocida, pese a ello, observamos sus calles, a su gente y a las niñas que a pesar de la hora, el frío y oscuridad de la noche, se encontraban jugando con la tierra y piedras de la que suponía ser una cancha de fútbol, cercada por neumáticos rotos, sin luz y sin arcos, solas en esa inmensidad del terreno y total oscuridad, mientras en las graderías un grupo de hombres que entre risas, groserías y varias botellas, las veían jugar a lo lejos.

Luego de unos minutos y mientras continuamos caminando, a lo lejos la vimos reír, al acercarnos muy contenta nos recibió y reconoció estar nerviosa, al igual que nosotras.

El inicio de otros encuentros

La ausencia de verde, en medio de una panorámica urbanamente desértica, incapaz de saludar en sí misma, protagonistas ineludibles de un escenario silente que agudiza los sentidos en busca de alerta.

A la distancia se dibujaban bocetos de hogares tan continuos que impedían su cometido, carentes de tonalidades propias y planificación. Como mudos testigos, colgaban los vestigios de lo que seguro fueron la ropa que vistió más de un sueño entre aquel grito de realidad, cada ventana mirando un horizonte que espera perpleja

⁴ Aclarar que en el contexto socioeconómico de la colaboradora, la *choreza* se refiere a una actitud amenazante e intimidante.

la llegada de la luz, espantada de zapatillas colgantes de cada cable, esperanza de una alegría que nunca llegó.

En el cielo, alumbrado público, y una mezcla algo extraña que hace sentir cada paso tan afortunado e inseguro al mismo tiempo, caminar en el que se da gracias a la vida de la marcha de pies andantes, o más bien cansados como diría Violeta Parra. Entre la vigilia evidente que asoma por las ventanas y puertas entreabiertas, como escenario hostil a la llegada de esta desconocida, es que en la medida que me acerco a aquel instante del desconocimiento de la historia por contar, continúo decidida este transitar.

Observé sus calles, su gente y las niñas que transformaban el vacío de una cancha imaginaria, en un parque de juegos improvisado sujeto una vez más a la fantasía. Ahí se encontraba *La Chora*, haciendo de la calle misma su sitio de honor, sentada haciéndole el peso a las horas, en la cuneta al lado del camino fumando un cigarrillo mientras todo pasa, saluda contenta y enseña de inmediato el lugar. Y así, lo que parecía un estrecho departamento, daba cuenta de que ya había llegado a su hogar.

Coordinamos brevemente. Mientras sus hijos veían televisión nos dirigimos hasta su habitación en busca de soledad, entendiendo mi mente la imposibilidad física de ésta. En fracción de segundos me pregunté cómo es que el presidio se vivía en libertad, cómo es que ésta disimulaba estar presente cuando en realidad se encontraba en el mismísimo exilio, como la paria de una familia ausente.

Era todo tan reducido a la mínima expresión, tan estrecho como limitado más allá del espacio, limitado de porvenir, de sueños y la ausencia de éstos que perseguir. Aun así, la intención era finalmente conversar tranquilas. Ella enciende un cigarrillo mientras reconoce estar nerviosa. No era necesario decirlo, se podía notar en su respiración contenida y a veces cortada, con una risa producto de los mismos nervios. Y, qué duda cabe, yo también lo estaba. Me mira con la vista algo extraviada, y una voz que hace sentido al cigarrillo, a lo inquieta de sus manos, y la distancia de lo sencillo.

La Chora me ofrece un cigarrillo, y pienso sobre la significancia de ello, ¿cuántos amores incluso pasan a la solemnidad de la historia con un cigarrillo?, cuando las lágrimas logran finalmente humedecerlo, sé que por más que mis cuerdas vocales acusen recibo no podría negar el reconocimiento con gratitud de aquel ofrecimiento, bautizando con el humo sagrado dicho momento.

Me persigue la incredulidad de la duda, proveniente de la falta de luz natural, esa que acostumbra saludar cada mañana, pero aquí, la única ventana de la habitación era la misma del baño de uso común en aquel departamento, y la puerta era una cortina que daba a la cocina, que por más que intentase no tenía movimiento alguno.

Ella, entregada a su relato, y seguramente en el acostumbramiento de la usanza que se repetía día tras día desde el inconsciente, una que cada vez le costaba más reconstruir para hacerla parecer sorpresa, mientras invisibilizaba los movimientos de sus hijos cuando usaban el baño o abrían el refrigerador. A mí, si bien me costó algunos minutos dejar de pensar en eso, la observaba, pero a ratos no la veía, costaba porque acompañaba su relato con el movimiento de sus manos imparable, en un sin fin de gestos exacerbados que más temprano que tarde hicieron que solo prestara atención a sus palabras.

Entre algunas lágrimas, que sin previo aviso abrían paso a largos silencios que utilizaba para fumar y continuar narrando, *la Chora* desgranaba su historia, una en la que borraba lo dulce abriendo paso solo a lo agraz, y que mientras contaba mordía los labios y reía nerviosa. Como parte de su singularidad, se esforzaba por parecer sorprendida, pero sobre todo, por demostrar el desconocimiento de la vida de él. Quién querría hacerse consciente, quién, como el relato de una autopsia en vida, de

aquella cavidad del tiempo en que un hombre te puso, la cronicidad de una historia que se niega a morir.

Afectos victimizados

Se define a sí misma como *Chora*, hermana mayor de tres hermanos, con 41 años e hija de una mujer a la que describe como gorreada⁵, agresiva y violenta. Hijastra de un hombre al que considera pasivo y complaciente, que se hizo cargo de ella, muy a su modo, comenta.

Se sonroja al contar que cuando dio su primer beso creyó que quedaría embarazada. Su mamá nunca habló de sexualidad con ella, solo de la idea criminalizadora de acostarse con un hombre, y el mensaje culpabilizador implícito en él. Aquel primer beso dio pie a tantos más con el mismo chico, con quien, si bien estuvieron varios años juntos, fue hasta habiendo cumplido los dieciocho años, que se relacionó sexualmente. “De ese drogadicto nunca volví a saber”.

Contar eso a su madre lo significó como un acto de valentía que le permitió recibir el primer y único gesto de apoyo que *La Chora* protagonista recuerda: “me llevó a la matrona para no quedar embarazada y me felicitó por la confianza”, añade recordando el momento con cariño que transparenta en su mirada.

La Chora transitó de un breve romance juvenil a una interminable y actual relación con el que también se repetiría la característica de ser drogadicto, pero que generaría en ella una difusa línea fronteriza entre su cuerpo y el de él, donde más allá del tiempo y el espacio se conectan, expresado en la permanencia tácita de este hombre que, si bien ausente en la cotidianeidad en la crianza de sus hijos y en la relación afectiva, marcaba presencia, dominio y control territorial, a pesar de los límites penitenciarios. Acciones validadas en espacios desde el cual proviene *La Chora*, y en el cual se encuentra también privada de libertad fuera de barrotes alguno, como actos de preocupación, cuidado y amor.

Para ellos, el discurso en la cárcel era que “la familia es lo más importante, la familia y la señora, porque por ellos matan”, cuenta *La Chora*, como subentendiendo el dilema entre aquella frase y la violencia de la inconsistencia. Poco antes de recordar uno de tantos engaños, uno inserto en una matriz transgeneracional que pareciera que por más que pasen los años sigue intacta desafiante al futuro, misógina, justificante de lo injustificable, porque la familia contiene, apoya, ayuda, no violenta ni duele.

Ella, como siempre, queriendo creer que iba en su búsqueda por la necesidad de entendimiento, de una explicación, cuando muy probablemente era algún sentimiento más cercano a la dependencia, no sólo de la adicción, sino de la necesidad desmesurada del intercambio de la libertad personal por un camino sin salida. Esa pregunta que se repite al paso del tiempo: ¿Cómo es que se llega hasta acá, cómo es que se entrega la libertad personal en función de un otro? Pregunta que hasta ahora, pareciera seguir sin encontrar respuesta.

La experiencia que habla de afectos victimizados, en una acción silente ávida de rescate, un mecanismo de defensa inverso: “al final me quedé con un hombre tan agresivo como mi mamá (...) ojo que yo no me quedo callá, si tengo que gritar, grito”.

La habitación yace invadida de humo de cigarrillo, sus ojos con lágrimas y largos silencios, dieron pie a espacios donde *la Chora* reflexiona, aunque brevemente, a lo que llama “obsesión”. “No logro entender por qué lo espero tanto, siempre lo he esperado, creo que me obsesioné con tenerlo, pero lo prefiero drogado, más tranquilo y complaciente. Bueno y sano es agresivo, como mi madre”.

⁵ Que le han sido infiel

Ha tenido la sensación de ser invisible, siempre esperó que alguien la viera y advirtiera, que invirtiera en ella un mínimo de fe, una cuota de credibilidad que despertara la compañía de aquella fuerza interna, las palabras que detuvieran este viacrucis que se siente ser ella: “¡sal de ahí, *voh podí*, dale sal de ahí! (...). Yo sabía que eso era violencia, pero me había acostumbrado”.

Sus palabras sin mediar impacto alguno porque hace tanto que esos ojos habían acusado recepción, que continuaron mirando el vacío. Y continuaba: “me olía para saber si yo me acostaba con otro, y para que no creyera eso, aunque yo no quisiera, lo hacíamos y así yo le demostraba que solo estaba con él”. Habiendo cedido total soberanía de su cuerpo ante la presión de la violencia, del control, la sumisión había asumido bajo todas las formas de la presión inquebrantable del dominio masculino.

La extensión de la privación de libertad en *La Chora*

Esta vez no era receptación de especies como él contó, era uso de armas de fuego, robo de autos y banda malhechora. De eso se enteró en la audiencia donde el plazo de investigación sería de un año, ocho meses y un día. *El Pelao*, su pareja, se encontraba en la cárcel hasta nuevo aviso.

A los dos días en la cárcel la llamó por celular, nunca antes habían estado tanto tiempo sin hablar, por lo que la llamada fue una mezcla agridulce. Que lo fuera a ver fue lo primero que le pidió, seguido de un “¡me conseguí el teléfono para llamarte a ti!”, como sinónimo de la mayor importancia otorgable a *La Chora*.

“¡Esa primera visita fue tremenda!”, cuenta. Después de enrolarse y sin saber nada respecto al entramado carcelario se armó de valor y fue a la primera visita, en busca de respuestas según dice. Esa madrugada, mientras hacía la fila, se acerca una desconocida, quien la mira y ríe al verla temblar: “No puedes entrar con sostenes con barba, zapatos de plataforma ni ropa negra”. Fue el primer consejo, dato útil que le permitiría ingresar sin mayor problema.

Ya habiendo comprado un sostén nuevo, pagó un par de monedas a alguien para cambiarse al interior de una camioneta, era el precio de la dignidad, una que en este espacio no es reconocible al género. La dignidad ha muerto para las mujeres, debiese poder leerse escrita en piedra fuera de cada penal.

Sola y a punto de entrar, llora desde la imaginación a la realidad de la conciencia con sensación de haber sido denigrada por la guardia: “te voy a tratar con cariño por ser primera vez”, le dijo la gendarme de turno antes de entrar y caminar por un pasillo literalmente interminable.

“Ahí apareció él, estaba detrás de una reja. Pálido y todo picado de chinches, dijo haber estado tan drogado que no recuerda cómo llegó a la cárcel. ¡Me dio tanta pena! No me contó nada, no quería darme preocupaciones”. Relegando al plano de la comprensión aquel discurso probablemente muy distante de la valentía.

Para ella, mirar a los lados y verlo junto a hombres asesinos y violadores, era terrible: “No quería estar ahí, tenía mucho miedo, pero no quería dejarlo solo”. Olvidando por un instante los años de abandono, violencia multidimensional y perfil delictual del *pelao'*, en su estado natural, siendo simplemente él.

Luego de dos horas de encuentro, volvió a su casa con más preguntas que respuestas. Sin haber podido encontrar un solo motivo que la razón entienda, sin haber podido hablar largo y tendido como el merecimiento indica. Quién habla sobre la cárcel invisible de las mujeres, parejas de los hombres privados de libertad, aquí no hay tutela alguna porque se encuentran en la más absoluta invisibilidad, bajo la condena de un sistema que revictimiza, porque también son mujeres privadas de libertad, con cadena perpetua aún sin calificar.

La presencia ausente de *El Pelao*. El amo que sostiene la sogá

Él ya con redes sociales activas y un teléfono, no tenía dificultades para llamarla a toda hora, y durante la totalidad de extensión que dan cada una de éstas. Conversaciones a todas luces interrogantes centradas en saber todo lo que ella hace, qué come y porqué lo hace, qué viste, con quién se encuentra y todos los antecedentes necesarios para armar un panorama de vida diaria. El amo pregunta y ella contesta.

En la cárcel se vuelven *pacos* tuyos y si no le contestaba me decía: “qué estoy haciendo *maraca* tal por cual, *anday* puro *webiando*”. Y aquí una conexión que ella pasa por alto, y pisotea el sinónimo del control institucionalizado. Para *La Chora* situaciones difíciles de controlar, ya que si ella no contestaba él llamaba a sus hijos para preguntar por ella: “incluso los llamaba de noche y los despertaba para saber de mí”, comenta con mucho dolor, recordando que sus hijos al otro día iban al colegio. Pero ¡cómo habría de importar!, si ellos solo son validados en los espacios donde la masculinidad reina desde lo alto de la mezquindad.

Para él no había excusas, y por más que ella le explicara que si continuaba pidiendo permiso en el trabajo la despedirán, que no podía dejar a los niños solos, él simplemente exigía visitas. Es de imaginarse la lógica intrínsecamente dominante, y es así que resulta pensante preguntarse: ¿Imagina, cómo podría explicar esta ausencia del objeto femenino ante sus pares? “¡Teníamos tremendas peleas! (...). Él me decía que yo lo había dejado solo, botado y que yo siempre tenía excusas, que si no eran los niños era el trabajo”.

El castigo

Tiempo después y con la excusa de estar solo y sin una mujer que lo visitara como él quería ser visitado, el *Pelao* comenzó una nueva relación. “Tú lo dejas botado *po*”, le dijo una mujer por teléfono. Sin sospecharlo, ella era la culpable de la infidelidad de él.

Cómo no preguntarse quizá, cómo el poder masculino es constitutivo de un sistema opresor, presente en los cuerpos cosificados, incorporándose como un hábito tan normal como despreciable, toda esta eternidad de atribuibles al género por el simple hecho de ser mujer, cómo en una relación tan desigual bajo dominación imperante es que se le exige, además, que continúe este camino de servilismo, de anulación, de invisibilidad. Una construcción que lo atraviesa todo, presentándose como un orden binario que responde finalmente al orden natural y/o normalizado de las cosas.

Formas de resistir a la autoridad y el poder

“¡Ya habían pasado 7 años!” Siete años para él en la cárcel, es lo que exclamó ella riendo nerviosa en medio de su teatralidad de comedia e incredulidad defensiva, siete de nueve años a los que había sido condenado. “¡Ese sí que era otro mundo!”, mundo que también ella conoció y del que también se hizo parte acompañándolo.

Para *La Chora* fue volver a comenzar, recordar y volver a temer. “Me decían ya, ya, bájate los pantalones, muestra la lengua, sácate los calcetines, levántate las *pechugas*, agáchate y sácate los calzones. Tenías que abrirte la vagina para que también te la revisaran”, recordaba ella con lágrimas en sus ojos, temblores en su voz, mismos temblores que se evidenciaban en sus manos cada vez que intentaba fumar.

Esa descripción desgarradora de la figura de poder que debía enfrentar a nivel institucional para llegar a él en cada visita, se repetía sin medida cada vez que debía visitarlo. “Debía” porque muy lejos estaba eso de algo que por voluntad querría ella hacer. La imposición de él y la adjudicación de obligaciones hacia ella se tornaron en ocasiones mandatos de lo que incluso *la Chora* consideraba era su rol de mujer.

“Todos hacemos sacrificios”, repitió ella en reiteradas ocasiones y momentos de la conversación.

Aun cuando le contaba estas experiencias a él y lo doloroso que era, sentía permanentemente que no era escuchada. Aun cuando se lo contaba entre lágrimas, él seguía sin entender. ¿Por qué habría de hacerlo?, quizá, para él, no había literalmente algo que entender.

Habiendo perdido el trabajo anterior, comenzó a trabajar cerca de la cárcel para no viajar tanto. Una vez más, subsistiendo en función de él “¿Qué hago aquí una vez más?”, se preguntaba cada día en las visitas, sin poder encontrar respuesta lógica alguna.

La penitenciaría le significó recibir amenazas de muerte y un gasto económico inimaginable para ella, quien, accediendo a los mandamientos de él, contrató un abogado particular. Tuvo que “¡chantar la canal!”, dijo, para que no lo mataran, haciendo referencia a que se debía imponer bajo las normas culturales de la cárcel. “Él cambió mucho y muchas cosas nunca me las contó, cosas que pasaron y que él vivió dentro. Los hermanos lo recibieron y le dieron una pieza”, cuenta riendo, mientras da a conocer que él nunca había sido muy religioso.

Con la privacidad que una pieza le significaba, comenzó nuevamente a llamarla sin horarios y por largas horas “acá las señoras de los *machucaos* vienen, no son como tú”, le decía él mientras le hablaba ahora por videollamadas, mucho más cómodo y actualizado para el control, en agudas comparaciones del rol de la mujer y diferencias que él veía entre ella y otras mujeres. “Él nunca dejó de controlarme, preso era peor, no tenía nada más que hacer que llamarme y controlarme”. Le contaba él en las llamadas, que las otras mujeres no dejaban sonar el teléfono cuando ellos las llamaban, contestaban enseguida y no los hacían esperar aunque el llamado las encontrara en el baño. Pero además, el teléfono era un medio de relación en diferentes ámbitos, le decía él que ellas (las otras mujeres) accedían a satisfacerlos sexualmente mediante llamadas y videos, pero, eso era algo que *la Chora* no lograba y no quería hacer y que, a su vez, era uno de los grandes cuestionamientos hacia ella.

“Las mujeres les entran droga a los *machucaos*, aunque para él no era tema porque prefería leer la biblia”. Le decía él, en este afán representacionista de la realidad de otros reclusos.

“Lloré mucho, hasta el día de hoy tengo rabia con él, era tan vergonzoso entrar a los camaros, recuerdo que él llevaba un parlante y escuchábamos la música que nos gustaba, Marco Antonio Solís y Arjona”, recuerda *la Chora* con lágrimas en sus ojos. “Mi dignidad se fue a la cresta”, asiente con el cuerpo tan disminuido como le es posible.

Ella sentía que adentro en la cárcel todo era extraño. “Hay mujeres que trabajan yendo a ver a los que nadie va a ver, hay otras que trabajan de *burreras* y hay otras que trabajan entrando encomiendas. Con una de las encomiendas *agarró él*”. Dando a conocer una oculta y latente realidad, la del comercio sexual en las cárceles.

No recuerda cómo perdonó, solo sabe que él le hizo creer que era un chiste: “me dijo que yo siempre inventaba *weas*, si todo era chiste y puro *webeo*”.

Nunca tuvo tiempo para rehacer mi vida, nunca tuve vida propia, dijo ella con una tristeza enraizada, luego de varios cigarrillos que, en efecto, la dejaban sin aliento para hablar.

Perdonar, algo que habitualmente intenta hacer ella, pero que, en efecto, cuesta dado su sentido histórico y de memoria, dar completamente, olvidar una falta, como si fuese sólo una que olvidar, pero ¿qué más se puede dar cuando ya se ha dado todo?, ella continúa entregándose en la unilateralidad más absoluta, cediendo

bajo voluntariedad, compartiendo y haciendo propio lo ajeno en función de resolver la angustia, apoyar, cuidar y nuevamente perdonar, como un ciclo de verbos interminables, como el ciclo de la violencia graficado en una escena, la historia de *La Chora*.

Así, al transitar de esta *choreza* ausente sin mayor actuación posible, finalmente todo empieza a cambiar, o dependiendo del ángulo que se observe, a volver a su lugar.

Reconocer que aquel breve espacio en que él no estaba, era donde ella podía recordarse como *la Chora*, la mayor de tres hermanos, la imagen textual que vive en algún recóndito lugar sagradamente escondida, negándose a morir sin pedir nada a cambio de lo que da. Esa imagen, aunque no es perfecta, sí se acerca a lo que ella probablemente soñó, entregada a una unión comprometida y atemorizada que cada día más parece fuera eterna, en la encrucijada perfecta de que no sea la tierra precisamente quien persiga sus pasos.

El miedo de la libertad

Apoderarse de los espacios y de sus cosas, fue lo primero que él hizo en las salidas de permiso que fue ganando, sin antes casi desmayarse el primer día, “*es que no reconocía la calle, le daba miedo*”. Ella sentía miedo. Había sido hace años que ya no lo sentía respirar al oído, esa ráfaga de calor y el golpe sellando el momento. Había vuelto todo el miedo que había dejado de sentir mientras él no estaba, cierra *la Chora*.

“Ese día celebramos su llegada, pero así como llegó la alegría también volvió el miedo, los recuerdos, la tristeza y una sensación de haber perdido mi libertad”. Por un instante ese miedo lo compartí con ella. El día en que él salió en libertad, y sin previo aviso mientras nos encontrábamos sosteniendo aquel primer encuentro, hizo su entrada a ese espacio que hasta segundos atrás era protagonizado por ella, y que ahora, pasaba a la sombra del rol secundario. Esa entrada en escena, se sintió más bien como parte de un thriller, con la expectación por el desarrollo de una primera acción en medio de tanto suspenso.

“Es que compartir lo que estos últimos 9 años ya era mío, terminar durmiendo en la orilla de cama, entregar la mitad del mueble, ver fútbol, lavar más ropa y atenderlo, se ha vuelto un proceso de adaptación”. Las acciones más básicas para él fueron desafíos que *la Chora* debió asumir. Y es que al ir en búsqueda de una oportunidad de trabajo, y llegar sin nada, era tremendo para alguien que no sabía de no poder: “Como no le daban trabajo tuve que contener todas sus frustraciones (...) Nadie les da una oportunidad”.

Las oportunidades él las buscó, comenta ella. Buscó suficiente para que un tío le diera trabajo repartiendo gas, y si bien a él no le gusta mucho porque, para él, pagan poco, y ¡qué duda cabe!, no le gusta que lo manden, porque, bueno, nunca fue de trabajar.

Cuenta que a veces le dan crisis de angustia, de arrebatos, pero, según comenta, él sabía que ella no aguantaba, es probable de imaginar que no pasaba de acusar recibo.

La Chora, que quizá aún lo ve desde la época en que era *El Pelao'*, y ve aun lo bueno en él, agrega sobre el sujeto, separándolo del rol que jamás cumplió, que le coopera con los hijos, de ambos por cierto: “Lo bueno es que coopera con los niños y está más presente, lo malo es que cuando la niña se porta mal se enoja y me grita que no la supe criar, pero él no estaba y no sabe lo difícil que fue con dos hijos”.

La Chora sufre habiendo conocido nueve años de lo más cercano a la independencia que ha podido conocer, no logra negar que cuando lo ve, siente rabia, que todo duele todavía. Hay noches en que no duerme, tiene pesadillas habitantes de tantos malos recuerdos. Dice no saber, ahogado en el subconsciente, pero a veces le da miedo que

en cualquier momento se transforme en el de antes, en el que siempre ha sido, y que, por ahora, y sólo por ahora, probablemente no ha aparecido.

***La Chora* protagonista difuminada**

Manifiesta la extrañeza de sentir que cuando él fue preso, fue precisamente cuando ella pudo hacer uso mayormente del espacio. Aunque escaso, era grande porque él no estaba. Pudo respirar una brisa de libertad en el presidio de una vida inmersa en la de él, porque aunque sola en la crianza de sus hijos, siempre lo había estado, ¿cuál sería la diferencia?

Ahora que se hace presente la figura omnipotente del amo que tiraba la soga, hoy ocupa la mitad de su cama, hoy hace uso y abuso de cada objeto elegido en la riqueza de su tiempo y trabajo. Hoy se adueña de cada milímetro que por varios años ella tímidamente reinaba: “siento que yo estoy presa, pero acompañada”, afirma.

La Chora, cada vez más diluida en la presencia de él, refiere saber que él la ama, convencida de un relato ajeno que también sabe no siente. Afirma que siempre fue así, y que era por ellos, que estaba de vuelta, obviando que era el único espacio donde podía llegar siendo el amo.

En las profundidades de su sentir, no quiere creer, le cuesta confiar, y demostrar lo que yace fallecido en la historia de violencia, y resulta clarificador preguntarse qué debiese demostrar aún. Pero él, en una de las tantas formas de manipulación emocional para con ella, le decía constantemente que era fría, sub-entendiendo que la frialdad era una suerte de atributo sólo atribuible a su género.

Le dice que es fría y poco cariñosa, cuando en realidad, ella se encontraba tan confundida como triste, sintiendo cada paso de este proceso, sintiendo el cambio de la cárcel en él, su lenguaje inentendible, digno de ser leído con subtítulos, que por más que ella se esforzaba no lograba, porque tampoco quería, ni merecía entender: “Me cuesta entenderle, no habla bien y se enoja cuando no entiendo *coa*. Pero yo no quiero, no me gusta que me diga *machucá* y me da rabia que los niños hablen así con él. Él les enseña palabras que no me gustan”

La Chora sufre, qué duda cabe. Asentía fuertemente la dificultad en sí misma de seguir inmersa en el mundo carcelario, porque ese mundo se había adueñado de lo que hasta hace tan poco era su hogar, en el que hace tan poco recibía a esta desconocida entre risas nerviosas, mundo que hoy más que nunca se hace presente y abre paso por más que ella, en lo interno, trate de ocultarlo, porque hay verdades que no hay dedo que tape.

La Chora, hoy apenas comenta, muy distante de aquella vez en que se preparaba para hacer de su cigarrillo una catarsis, hoy refiere que tiene un nuevo trabajo, pero que obvio, nadie conocía esa parte de la historia, de su historia, la cárcel, en la que si bien no estuvo, se encuentra más presente que sus propios deseos, y perdido en la libertad de un otro.

REFLEXIONES FINALES

Difícil sería iniciar las reflexiones sin tomar las de la propia *Chora*. Con ello, se torna de suma importancia hacer memoria y mencionar que todos los encuentros previos estuvieron cargados por la reflexión crítica de ella a sus palabras toda vez que rememoraba su historia. Reflexiones en momentos cargadas de tristeza, angustia, rabia y, en otros, de resignificación. Momentos donde ella llegó a pensar cómo serían los hechos si la historia se contara desde otra esfera, con frases como “qué sería de mí si hubiera estudiado” “qué sería de mis hijos si el papá hubiera sido otro o qué sería de mí sin hijos” “qué sería de mí si mi familia no lo hubiera permitido o qué sería de mí

si mi familia hubiera sido otra". Frases cargadas de largos silencios con risas nerviosas y movimientos de cabeza asintiendo para luego continuar con frases como: "pero aún ese «sería» podría ser yo quien haga que así sea".

La mezcla de esos aspectos productivos, tanto narrativos como etnográficos, fueron una forma de elaborar experiencias y memorias reconociendo la producción de múltiples figuraciones atendiendo no solo a lo que fue, sino a lo que pudo, puede y podría ser; esto es, producir la historia imaginándola y creando nuevas posibilidades mediante la resignificación de lo vivido.

Contar su historia, ese fue el motivo del último encuentro. Fui hasta la casa de *la Chora*, me dijo que no tenía mucho tiempo para estar sola y prefería que fuera a solas. Ese día la motivación se centró en la lectura conjunta de los breves extractos de la narración, ella y yo muy emocionadas. Yo sentada a los pies de su cama y ella en la cabecera apoyada con una almohada que bien sabe lo que es estar entre sus brazos, fue simplemente emotivo. Porque finalmente de emociones es que estamos construidas, y de detalles que está hecha la vida. La suya, la mía, la de todas, por esto es que navegar se hace preciso, en embarcaciones que nos lleven de vez en cuando a estrellarnos en la nada.

Entre pausas miré su cara, sus ojos inundados de lágrimas hacían temblar mi lectura, intentando terminar para conocer sus impresiones. Todo se resumió en un pequeño aplauso de dos palmadas. Me dijo "no quiero llorar pero me supera la pena de escucharme".

Antes que él llegara conversamos un poco, luego me despedí con un fuerte abrazo y agradecí haberla conocido, su respuesta fue: "Esto nunca se me va a olvidar, es una experiencia que alguien me quiera escuchar sin criticar".

"Es difícil para una mujer vivir el proceso de la cárcel, hay muchas que a la mitad del camino los dejan solos, ellos entran con familia y salen sin nada", fueron las últimas palabras narradas por *La Chora*. Palabras que desde la introversión de la choreza no aspiran siquiera a resumir el consumo de su cuerpo feminizado, la cosificación de su vida, la dominación vivida, en este mandato de masculinidad cuyo prestigio es el desprestigio en sí mismo.

Ahora, ¡habiendo dicho lo que no podía no ser dicho! Podemos mencionar que los escritos que anteceden esta reflexión final se centraron en exponer la historia de vida que posibilitó la narrativa co-construida y llevada a cabo en Santiago de Chile durante los meses de invierno del año 2022. Trabajo metodológico que integra por un lado un enfoque etnográfico en el desarrollo del trabajo de campo empírico y documental como también autoetnográfico al momento de entrelazar las voces y co-producir narrativa, donde se reconoce la importancia de las emociones como una vía para adquirir conocimiento e implicando un compromiso real por parte de quien investiga. En este sentido, se adoptó una perspectiva de constante observación e implicación, lo que nos permitió fluir, emocionarnos y establecer una legítima conexión con la verdadera protagonista de la historia: *La Chora*.

De esta forma logramos un intercambio de conocimientos mediante diálogos bidireccionales para la obtención de saberes que posibilitaron la creación narrativa. Sin emitir juicios valóricos, sin posicionarnos desde la vereda de "expertas", menos con la intención de asignarnos un privilegio, entrelazamos voces que posibilitaron la co-construcción y creación narrativa, la que integra elementos en torno a las violencias cisheteropatriarcales develadas gracias a la crítica feminista inicial que propicia observar otras metodologías que no quiten de agencia; que abogan a la deconstrucción del dualismo razón/emoción y arraigadas dicotomías a la hora de investigar el problema de la violencia contra las mujeres. Metodología feminista sobre

la cual nos situamos asumiendo el compromiso político que nos significa avanzar hacia un conocimiento experiencial con acercamiento territorial real.

Experiencia también significada tras grandes intentos por comprender. Aguda fase metodológica que materializa el trabajo de campo en esta investigación, y donde lo que logramos comprender fue que no debíamos comprender, sino más bien, dar a conocer desde la voz de quienes efectivamente experimentaron y encarnan el conocimiento.

Dejar de lado los intentos por interpretar el relato fue un logro, así como abocarnos a las situaciones, experiencias, sentires y el cómo ella significaba esas vivencias, las que quedaron impresas en la historia de vida relatada y mediada por preguntas que invitaban a la narración libre, en intentos por emprender desde el discurso una comprensión posible de la memoria. Y es que como dirían algunos autores, la memoria se mueve en el campo de la verdad (Ricoeur, 2002). Porque recordar y dar sentido a esas experiencias a través de la memoria se torna en un acto performático y, a la vez, en un elemento problematizador. Es que la comprensión del significado asociado a la propia experiencia es sin duda un elemento problematizador de la propia realidad.

Es importante señalar que las formas en las que se ejercen las dominaciones masculinas sobre los cuerpos de las mujeres presentan una diversidad de formas que traspasan los límites penitenciarios. Escapando de la idea de violencia tradicional y comprendiendo que la violencia contra la pareja es un fenómeno de gran complejidad y amplitud en el que se configuran varios elementos que no sólo convergen en categorías tácitas de violencias asociadas al uso de la fuerza. Las relaciones entre mujeres y sus parejas, hombres privados de libertad, advierten la presencia de elementos de la dominación masculina ejecutados desde la cárcel. Paradójicamente, consignamos a la cárcel como escenario poco tradicional para la ejecución de la violencia en contexto de pareja, aun cuando reconocemos que la cárcel es en Chile, y posiblemente en el mundo, un escenario de violencia explícita, y que, en las prisiones la violencia es un problema fundamental de orden mundial que compromete los derechos humanos, la seguridad y la vida tanto de los internos como de los funcionarios. Pese a esto, no es considerada como un espacio peligroso para las mujeres que se relacionan sexo-afectivamente con estos hombres. Al respecto, Bourdieu infiere que la dominación masculina está directamente relacionada con la violencia simbólica dada la sutileza de su ejecución (2000).

Por otro lado, desde esta aproximación epistémica al campo, es posible cuestionar tácitamente el individualismo epistémico del que hemos sido parte en la formación académica, en donde la relevancia del sujeto y la subjetividad en la producción del conocimiento ha sido constantemente cuestionada e invisibilizada. En efecto, es la recuperación del conocimiento encarnado y experiencial lo que nos permitirá avanzar en una efectiva mirada de los grupos históricamente reprimidos, en donde sujeto e investigador(a) son parte de un mismo plano explicativo y de análisis, remarcando que, en definitiva, lo personal es político, también en el proceso de investigación.

Por esto, es fundamental reconocer que la producción de conocimiento en la investigación feminista implica responsabilidades éticas hacia las personas cuyas vidas y experiencias son objeto de estudio, donde, solo a través de una reflexión crítica y una práctica ética rigurosa podemos contribuir a una investigación feminista que sea verdaderamente emancipadora y transformadora.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Ahmed, S. (2004). *The Cultural Politics of Emotion*. Edinburgh: Edinburgh University Press.
- Alfie, C. (2018, 12 diciembre). Rita Segato: El feminismo punitivista puede hacer caer por tierra una gran cantidad de conquistas. AGENCIA PACO URONDO PERIODISMO MILITANTE. <https://www.agenciapacourondo.com.ar/generos/rita-segato-el-feminismo-punitivista-puede-hacer-caer-por-tierra-una-gran-cantidad-de>

- Bourdieu, P. (2000). *La dominación masculina* (J. Jordá, Trad.). Anagrama.
- Cabruja, T., Iñiguez, L. & Vásquez, F. (2000). Cómo construimos el mundo: relativismo, espacios de relación y narratividad en *Anàlisi: Quaderns de comunicació i cultura* (25), 61-94.
- Cotterill, P. (1992). Interviewing women: Issues of friendship, vulnerability, and power. *Women's Studies International Forum*, 15(5), 593-606.
- Echeverría, R. (2005). *Ontología del lenguaje*. Santiago de Chile: Lom Ediciones
- Game, A. (1997). Sociology's emotions. *Canadian Review of Sociology & Anthropology*, 34(4), 385-399.
- García, D. y Ruiz-Trejo, M. (2000). Un viaje por las emociones en procesos de investigación feminista. *EMPIRIA. Revista de Metodología de Ciencias Sociales*. (50) 21-41. doi: 10.5944/empiria.50.2021.30370
- Gómez, D. (2019). Emociones, epistemología y acción colectiva en contextos de violencia socio-política. Reflexiones breves de una experiencia de investigación feminista, en *Otras formas de (des)aprender: investigación feminista en tiempos de violencia, resistencia y decolonialidad*. Bilbao: UPV/EHU, 77-90.
- Gómez-Lamont, M. (2022). Enfoques cualitativos en la investigación psicológica. Aportes desde el pensamiento crítico feminista. *Controversias y Concurrencias Latinoamericanas*. 13(24). 151-163.
- Lorde, A. (1984). *Sister Outsider*. New York: Crossing Press.
- Páez, F. (1999). Al lado del camino [Canción]. En *Abre*. Warner Music.
- Ricoeur, P. (2002). Fenomenología y hermenéutica desde Husserl. En *Del texto a la acción. Ensayos de Hermenéutica II*. FCE, Fondo de Cultura Económico, México.
- Rodas, J. (2020) Llegar, sentir e implicarse: reflexiones sobre una investigación en torno a las emociones. En Delmy Cruz Hernández y Manuel Bayón Jiménez (Coords.) *Cuerpos, Territorios y Feminismos* (201-214). Quito, Ecuador: Ediciones Abya-Yala.
- Schongut, N. (2015) Perspectiva narrativa e investigación feminista: posibilidades y desafíos metodológicos. *Psicología, Conocimiento y Sociedad*, 5(1), 110-148.
- Stacey, J. (1998). Can there a feminist ethnography? *Women's Studies International Forum*, 11(1), 21-27.
- Trevignani, V. y Videgain, K. (2016). Explorando emociones en cuentos escritos por niños. En M. Ariza (coord.), *Emociones, Afectos y Sociología*. (pp. 37-68) México: UNAM, Instituto de Investigaciones Sociales.
- Troncoso, L., Galaz, C., & Alvarez, C. (2017). Las producciones narrativas como metodología de investigación feminista en *Psicología Social Crítica: Tensiones y desafíos*. *Psicoperspectivas*, 16(2), 20-32. doi: 10.5027/psicoperspectivas-vol16-issue2-fulltext-956
- Widdowfield, R. (2000). The place of emotions in academic research, *Area*, 32(2), 199-208.